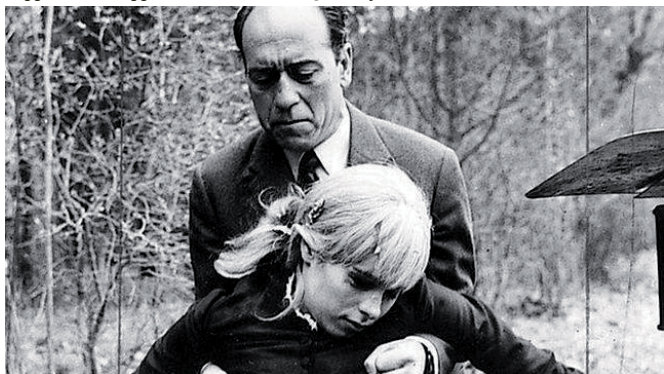


ANTONIO LÁZARO@ABC_TOLEDO / TOLEDO

Día 21/06/2013 - 12.53h

Peppermint Frappé: el tándem Saura-Querejeta



ARCHIVO ABC

Escena de la película Peppermint Frappé (Cuenca, 1967)

Tres genios artistas en las Casas Colgadas. Antonio Saura, Luis Buñuel y Carlos Saura en la Hoz del Huécar. Cuenca. 1960. Imagen del libro «Carlos Saura. Fotografías.SauraxSauras»

Triunfadora en Berlín, protagonista de un frustrado estreno a concurso en el politizado Cannes de 1968 (**Querejeta y Saura, espoleados por los mismísimos Truffaut y Godard, boicoteando su propia película**), *Peppermint Frappé* catapultó el nuevo cine español hacia una cierta homologación internacional.

Este drama con ribetes de tragedia consolidó el feraz, y a veces feroz, tándem Saura/Querejeta y captó para el cine español a una actriz enorme, **Geraldine Chaplin**, hija del genial Charles Chaplin y nieta del no menos genial Eugene O'Neill. Cuenca, localización exclusiva del film, ya no aparece como una tópica e intercambiable capital de la España profunda (Calle Mayor) sino como el escenario perfecto para un nuevo asalto del eterno combate que sostienen Eros y Tánatos, el deseo y la muerte: una historia de neurosis contemporánea que puede suceder igualmente en provincias y en una gran ciudad.

Las Casas Colgadas, el Museo de Arte Abstracto Español, el Puente de San Pablo, la plazuela del Escardillo, la pérgola del ya entonces abandonado balneario de Valdeganga, la Cruz de los Descalzos (con una recreación de su leyenda, **en que Geraldine incorpora a la satánica Diana tentando a un atribulado Don Diego o Julián/José Luis López Vázquez**), el Ventano del Diablo, que vio durante décadas pudrirse el oxidado esqueleto del rojo descapotable...

A través de una preciosa, que no preciosista, fotografía, **Carlos Saura se demora en los encantos de la ciudad de adopción elegida por su familia**. Pero sin distraerse ni distraernos, trascendiendo siempre la mera postal, incardinando los escenarios con gran sentido dramático en el progreso de la acción.

Peppermint Frappé es uno de los grandes títulos de la filmografía de Saura y de la historia del cine español. Merecedor de ser recordado y visionado por muchas razones. Y una muy destacada entre ellas: el reto inmenso de una joven actriz a la que el guión obliga a encarnar nada menos que a 4 personajes diferentes, a 4 variaciones sobre una sola obsesión femenina.

El reto de los cuatro papeles

Desdoblarse en dos personajes dentro de la misma película se tuvo siempre por reto de altura y solo en contadas ocasiones, como gesta plenamente cumplida. Qué decir si son tres y hasta cuatro los desdoblamientos. Así, Geraldine Chaplin en *Peppermint Frappé*.

La jacarandosa y explícita rubia extranjera llega ansiosa de inversión a una España muy apropiada para ello, tras la decidida apertura al turismo de finales de los 50 y de los 60. Especialmente recomendable para europeos y norteamericanos con posibles y ganas de una juerga inviable bajo cielos demasiado puritanos y casi siempre nublados. Su esposo (galán otoñal, Bradomín de provincias encarnado por Alfredo Mayo) es el amigo de toda la vida del timorato Julián, un oscuro radiólogo solterón de provincias.

El impacto de esta primera versión de Geraldine sobre el médico es demoledor. Hasta el punto de que le hace recordar la imagen sumergida de una tamborilera fantástica de Calanda, con algo de virginal y también de perversa. Pero hay más: esta Dama onírica lo lleva a mirar de otra forma a la sosa enfermera de su clínica, una chica corriente sin ningún encanto o glamour. Ya son tres los roles que Geraldine asume con impagable naturalidad, sin estridencia alguna.

Y de la tercera, se salta a la cuarta variación sobre el mismo tema. Ante las especulaciones de su amigo y su rubia consorte, que se burlan de su torpe deseo hasta los límites de la crueldad, **el radiólogo, harto de fotografiar los adentros de las personas, saca afuera, libera sus obsesiones y emprende, cual Doctor Frankenstein de Cuenca, su obra maestra: la construcción de la nueva Dama.** Evocando al James Stewart de *Vértigo*, tinta de rubio platino la castaña y circunspecta cabellera de su pasante, la suelta y la transforma en la mujer de sus sueños. Puro surrealismo en acción.

Claro que la pareja desencadenante de su liberación ha devenido un dique, un estorbo, una amenaza. De manera que deben ser sacrificados. El raticida mezclado con peppermint, esa bebida que solía asociarse en los setenta con los bares de alterne, es infalible. Y más si se completa con un buen despeñamiento del coche por las arriscadas hoces del alto Júcar.

La nueva mujer que emerge de la acción surrealista de Julián es las otras tres y, al tiempo, es un ser distinto, que las integra y también las supera. Si el personaje de Kim Novak en *Vértigo* ejecuta un desdoblamiento que finalmente no es sino un disfraz fetichista, la inmensa Geraldine Chaplin de *Peppermint Frappé* nos golpea con su titánico desdoblamiento cuádruple casi, permítase la ironía, sin despeinarse.

Algunos críticos quisieron leer esta película en términos de los perversos efectos represivos de una dictadura. Ciertamente ese era el marco y un fuerte condicionante insoslayable. Pero su modernidad, de entonces y de ahora, reside en realidad en su complejidad simbólica y mítica, en la potente carga emocional que contiene.

En esa catártica reinención de una mujer que, a través de cuatro encarnaciones sucesivas, despliega Geraldine Chaplin, compañera y musa, aquí más que nunca la Anna Karina o la Giulietta Masina del cine español.

Antonio Lázaro

Comentarios: